

A los resilientes, a todos los que sufren y resisten.

*A Dani, porque cuando me faltan las palabras,
él siempre tiene una para mí.*

*Y a Abush, para que recuerde siempre
la gran fuerza que guarda dentro.*

Si puedo evitar que un corazón se rompa

No viviré en vano

Si puedo aliviar a una vida del dolor

O mitigar una pena

O ayudar a un petirrojo desmayado

A encontrar de nuevo su nido

No viviré en vano.

Emily Dickinson, poema 919

«Casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien

que no puede leerme, y este libro no es otra cosa

que la carta a una sombra».

El olvido que seremos, Héctor Abad Faciolince

«Algunas cosas de este mundo se pueden cambiar y otras no.

Y el tiempo que pasa es una cosa que no se repite.

Si has llegado hasta aquí, ya no puedes volver atrás».

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, Haruki Murakami

«Lo más importante es saber atravesar el fuego».

Charles Bukowski



PARTE I

Iniciar ciclos

«El único camino posible es hacia delante».

Kafka en la orilla, Haruki Murakami



I

Lili descubre la librería escondida en uno de esos pasajes del Ensanche barcelonés, en medio de una manzana de edificios. Son poco más de las diez de la mañana de un lunes de finales de junio y el calor cae sobre ella como una losa. Va cargada con las bolsas del súper y se interna, como una aventurera, tras la promesa de refugio que supone la hilera ordenada de laureles que adorna el callejón. Enseguida nota la bajada de la temperatura. Hay diversos comercios: un pequeño supermercado, un restaurante, un taller de bicicletas y una tienda de antigüedades. Al otro lado, una sucesión de casitas adosadas de diferentes estilos, todas con su jardín delantero y, entre medio de ellas, una verja abierta y un cartel en hierro forjado que te invitan a entrar a La Colombaia, librería-café.

El umbrío jardín es una maravilla. Profuso en plantas integradas de manera delicada, tiene algo de jardín japonés, con un arce adornando uno de los lados y el cerezo de flor, el otro; pero también de mediterráneo, con las paredes tapizadas de glicinias malvas mezcladas con jazmines, los pequeños bojs redondeados, las margaritas y las grandes lavandas en macetas de terracota. Lili inspira hondo captando la intensidad de los olores: humedad, petricor, lavanda, jazmín, la acidez del boj. A través de la puerta principal, abierta de par en par, le llegan las notas de la voz de Sandy Denny cantando *Who knows where the time goes*. Sube los tres escalones y entra en una luminosa estancia, con paredes forradas de estanterías blancas llenas de libros, mesas aquí y allá con las novedades editoriales y, junto a unos ventanales, butacas con mesitas entre ellas. Huele a una mezcla de pintura, canela y jazmín. Micah P. Hinson le toma el relevo a

Sandy Denny y empieza a cantar *Beneath the rose*. Lili se siente de inmediato acogida por el espacio y empieza a deambular entre las mesas de novedades.

En la primera, sobre un atril con un cartelito que anuncia: «Recomendado» le llama la atención un libro: *Verano pródigo* de Bárbara Kingsolver. A los lados, pilas de ejemplares de esa y otras obras de la autora y, sujetos con un bonito pisapapeles de cristal, unos folletos de lo que parece una guía de lectura.

Abre uno, Bárbara Kingsolver, novelista y ensayista norteamericana, licenciada en Ciencias Biológicas. ¿Una bióloga novelista? Obra escrita en el año 2000 y ambientada en las boscosas montañas del sur de los Apalaches de Estados Unidos.

Se hace con un ejemplar de la novela y se adentra por el pequeño pasillo que desemboca en una sala con salida a un jardín trasero, donde la mayor parte del espacio está dedicado a la cafetería. A la izquierda del pasillo, una estancia a parte alberga alacenas antiguas que exponen un precioso material de papelería. A la derecha, una barra con un aparador repleto de bandejas de repostería y, detrás, una antigua vitrina con latas de té, botellas de vinos y licores, tazas, copas y demás menaje. El local está plagado de detalles relacionados con la literatura: una lámina ilustrada con una cita de Virginia Woolf por aquí, un póster con una foto antigua de Albert Camus por allá...

—Mmm, veo que te has decidido por celebrar el espíritu fecundo de la naturaleza... Pasa, pasa, querida, no sé si has acertado con tu lectura para la semana de calor que nos espera, pero... toma asiento que enseguida estoy contigo.

La cantarina voz femenina proviene de la izquierda de la sala. Lili se aproxima y se topa con la librera, que está trasteando con unas cajas, en cuclillas.

Debe de tener, más o menos su edad, unos cincuenta años. Lleva unos pantalones fluidos negros y una sencilla camiseta de

tirantes del mismo color, sandalias Birkenstock y un delantal de cocinero de lino gris. La melena castaña está recogida en un moñete despeinado. Es delgada y fibrosa, con oscuros ojos almendrados y bonitos pómulos. Parece cansada, aunque el labial rojo le aporta alegría al rostro.

—Tienes pinta de gustarte el té —aventura la librera camino del *office*—. ¿Te apetece uno frío con piel de naranja, vainilla y pétalos de aciano y rosa roja? Además, tengo una *cheesecake* con mermelada de moras que marida espectacular con ese té.

Lili asiente, deja sus bolsas en el suelo y toma asiento en una mesa del jardín, donde solo hay otra mujer bebiendo un refresco bajo la sombra de un magnolio. Se dispone a esperar su desayuno y repara en un pequeño espacio del interior con un sofá de tres plazas tapizado en lino color gris perla y una mesita baja que supone que servirá para las presentaciones.

—No sé por qué pensé que serías más joven... —le confiesa a Lili acercándose con la bandeja. Coloca sobre la mesa dos raciones de *cheesecake* en una vajilla con motivos florales, dos servilletas de papel reciclado y dos vasos grandes con el té helado y se asienta junto a ella. Lili la mira, confusa—. Suponía que teniendo en cuenta el sueldo y el horario, solo querrían el trabajo, veinteañeros, pero vaya, yo encantada. Te haré unas preguntas muy sencillas, y si nos ponemos de acuerdo, el trabajo es tuyo...

Lili no quiere sacarla de su error. Desde que salió de Male, ha decidido aceptar lo que le traiga la vida. Además, su capacidad de razonamiento se ha esfumado tras darle el primer bocado a la tarta y sentir la textura crujiente de la base de galleta, la cremosidad del queso y la dulzura de las moras.

—¿Te gustan los animales? —continúa la librera—. Mira, fíjate, allí al fondo bajo el magnolio, está Benito, mi gato y si prestas atención, verás algunos más. Somos una librería algo peculiar —ríe.

—Me encantan los animales. Soy bióloga, como Bárbara...
—Lili señala la novela.

La librería parece complacida y continúa con aquella entrevista al más puro estilo de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Ayyy, perdona, soy un desastre, no me he presentado. Soy Elsa, la propietaria — dice alargándole la mano.

—Yo Lili —responde estrechándosela—. Tienes una librería maravillosa, Elsa. Tengo tantas preguntas...

—Déjame acabar y te respondo a todas —la interrumpe, amable—. ¿Cuál es tu libro favorito?

—Mmm... Qué difícil, hay tantos increíbles que me costará escoger...

—¿Película favorita?

—Ja, ja, ja, bufff, disculpa un momento... —Lili se levanta, como abducida por el canto de los pájaros—. ¿*Estrildas astrild*? Discúlpame, *frikadas* de ornitóloga.

—¿Te gustan los pájaros? Ya veo que vamos a llevarnos bien... Sí, querida pajarera, pico de coral, y a primera hora ya tendrás el placer de escuchar la que montan... Mi última pregunta y es tu turno. ¿Tú músico favorito?

—Empiezo por esta. Músico, Van Morrison; película, un montón, pero así a bote pronto, *Días de vino y rosas*. Y mi libro favorito es *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers.

—Definitivamente, bienvenida a La Colombaia, Lili. ¿Puedes empezar esta tarde?

Gabriela filetea con destreza la suprema de salmón bajo la atenta mirada de Vero, que imita sus movimientos. Falta una hora escasa para que Clos Mallol, el restaurante con una estrella Michelin del que son chef y jefa de cocina abra sus puertas. Esa

mañana, Gabi ha llegado con una idea en la cabeza y, tras poner en marcha el menú degustación, se ha aislado en un rincón para experimentar con nuevos platos. La cocina de vanguardia en un restaurante de esa categoría requiere investigación e imaginación. Su amor por la cocina hace que su mundo gire alrededor de la comida; la infinidad de blogs y canales a los que está suscrita, las visitas a los mercadillos las mañanas de domingo, las ferias internacionales de gastronomía, y las cenas en restaurantes emergentes con intención detectivesca.

Gabriela lleva veintinueve años trabajando con Enrique en el Clos Mallol, la tercera generación de la familia que fundó el restaurante, que empezó como una sencilla casa de comidas en los años veinte del siglo pasado. A pesar de los vaivenes llegó al nuevo con ganas de evolucionar. Gabriela empezó a trastear entre fogones bajo la mirada atenta de su yaya Carmen, que se instaló en casa tras el fallecimiento de su padre. Sabe que nunca le faltará empleo, pero a sus cincuenta y dos años le pesa trabajar para otros, no haber dado nunca el paso y montar su propio restaurante.

Sus primeros recuerdos son los paseos hasta el mercado de la mano de su abuela, abrigada con sus guantes, su gorro de lana y su bufanda. Los puestos coloridos, con las hortalizas expuestas, los brillantes pimientos italianos en sus verdes intensos, los morrones con sus rojos virando a morados, las calabazas, las zanahorias fragantes, las raíces de apio, las acelgas, los puerros, las frutas, los pescados o las carnes, todo le parecía de una belleza indescriptible, comparable a la de las flores que su madre siempre combinaba en la floristería donde trabajaba para componer sus maravillosos ramos. Siempre intentaba que la yaya Carmen comprara alguna hortaliza nueva para añadirla a sus guisos habituales, ya con la curiosidad de detectar cómo alteraría el sabor habitual.

Gabriela se recoloca un mechón rebelde que se le ha escapado del gorrito que retiene su melena y comprueba que Óscar, el *sous chef*, y el resto del equipo de cocina ya han llegado. Todos impecables con su ropa blanca de trabajo y dispuestos a encarar otro servicio de estrella. Las reservas están completas.

Óscar se le acerca mientras emulsiona frutos rojos y le toca el brazo para llamar su atención.

—Chef, perdona. Cuando tengas un minuto al final del servicio tengo que comentarte una cosa...

Gabriela lo mira un segundo y asiente.

Óscar termina de anudarse el pañuelo que lleva en la cabeza y que le recoge las rastas, le da dos golpecitos a los AirPods, y se adueña de su espacio desplegando sobre la encimera los productos que la pinche le acaba de traer de los refrigeradores. Empieza el espectáculo.

Son las 7 de la mañana y Sylvana sujeta la taza que contiene su segundo café del día mientras repasa las últimas horas. Ray La-Montagne la acompaña desde la lista de Spotify. Hoy es lunes, 27 de junio, y en un par de horas se reincorpora al trabajo tras una miniescapada a Mykonos aprovechando el puente de san Juan. Suspira. Ayer, a media tarde, los socios, asociados y mánagers recibieron una convocatoria urgente de reunión para las doce, por parte de Ramón, el director de la oficina de Barcelona de TWF, la consultoría internacional para la que lleva trabajando veintiséis años. Asunto: Incorporación nuevo socio. Sylvana empezó como consultora junior y con mucho esfuerzo y sacrificio ha llegado a asociada. Sabe que tiene muchas posibilidades de convertirse en socia durante el próximo año, justo cuando habrá cumplido esos cincuenta que tanto la impresionan. Está muy or-

gullosa. Es la única de las tres mujeres consultoras junior que ha llegado a senior, la única mánager y asociada y, si nada se tuerce, será la primera mujer socia.

Sentada en un taburete ante la isla que separa el salón de su cocina de diseño industrial, Sylvana deja vagar la mirada por encima de los tejados que divisa desde los amplios ventanales que dan a la calle París. El cielo clarea por el este y no le llega ni un rumor del tráfico que ya a estas horas inunda Barcelona. Se siente feliz y cómoda en su ático, pagado con sus bonus de esos años de entrega, reformado y decorado con estilo, sobrio y elegante como ella. Cada pieza escogida cuidadosamente en los anticuarios de la ciudad. Su única tarea durante años, además de trabajar y trabajar y... bien, también de follar, de tanto en tanto, con Eric, Rafa o quien encartara... Sonríe al pensar en ellos mientras recorre con la mirada el chéster de tres plazas, las butacas Luis XV, las lámparas de cristal Lalique y los *coffee table books* sobre la mesa baja de estilo marroquí. Todo impecable, como a ella le gusta. Descubre las Converse de Maia tiradas al lado de la mesita y se le escapa una sonrisa. Tendrá que acostumbrarse a esta nueva presencia en su vida. Su sobrina Maia, la hija menor de su hermana Carlota, vivirá con ella el próximo curso mientras estudia bachillerato artístico.

Mueve la cabeza, desentumeciendo las cervicales, mañana toca correr, se recuerda, y da un último trago al café, ya frío. Enjuaga la taza y se dirige al otro extremo del piso, a su dormitorio, con su vestidor de revista y su baño en *suite*.

Antes de salir de casa, Sylvana se ahueca la melena frente al espejo de tres cuerpos de su cuarto. Es una mujer atractiva y es muy consciente de ello. Castaña, ojos grandes color avellana, nariz mediana y boca sensual. Se conserva más que bien a sus 49 años. Entrena casi a diario y tiene el cuerpo firme, unas bonitas curvas y un buen par de tetas. El vestido de crepé color

blanco roto que ha escogido le sienta como un guante y le resalta el bronceado. Sin mangas, entallado hasta las rodillas y con escote barco, combina sobriedad y sensualidad. Profesional sin renunciar a la feminidad. No hay que desestimar ningún recurso. Escoge una gargantilla de acero minimalista y se calza unos *stiletto*s Jimmy Choo con estampado de cebra. Una americana ligera de lino negro y su *tote bag* Burberry negra.

Revisa el contenido del bolso y mete la Moleskine y el Ipad olvidados en la *chaise longue* del dormitorio. Localiza el móvil en la mesita de noche y recoge también el reloj y los tres anillos que descansan junto a él. El solitario heredado de la abuela Montserrat, el Trinity de Cartier, que se autorregaló al cumplir cuarenta, y la sortija de oro blanco con su ónix engarzado, igual que la de sus dos hermanas, regalo de su madre, esas cosas esotéricas de Marie, la Mari. Ella con su ónix, Carlota con su ámbar y Olivia con su aguamarina.

A punto de salir para el despacho, oye la puerta principal y sale a recibir a Isabel, su Isabel, su todo, la persona que desde hace veinte años se ocupa de la logística de su vida cotidiana. Su «mujer» como ella siempre la llama en broma. Se abrazan.

—Sylvana, mi niña, ¡qué guapa estás! ¿Cómo habéis pasado las vacaciones? ¿Qué tal Rafa, tu madre, tus hermanas...? ¿Las niñas...? —le pregunta cariñosa. Isabel, a sus sesenta y pocos, es una mujer de bandera, alta, corpulenta y muy coqueta. Como si fuera una ama de llaves decimonónica. Soltera, tiene hermana y sobrinos en Jaén, quiere a Sylvana como a una hija y al resto de los Prat-Bertrand como a su familia, sentimiento que es recíproco.

—Bien, como siempre. Las vacaciones, paradisíacas, Isabel. A gusto —responde Sylvana. Ha sido un buen viaje, piensa para sí misma. Rafa es un amor y no puede tener más que buenas palabras para él y el maravilloso viaje a Mykonos que le preparó

por sorpresa, pero las cosas no han fluido como ella esperaba en esta prueba de fuego para su relación que era este primer viaje juntos—. Por cierto, ya tenemos a Maia instalada en su habitación —susurra cómplice señalando la puerta tras ella. Sabe que Isabel adora a la chica y que está feliz de tenerla en casa.

—Qué alegría, cariño... —Abraza de nuevo a Sylvana y pasa hacia el interior—. Vete tranquila, que ya imagino que querrás llegar prontito. —Le da un pellizco cariñoso en el antebrazo.

Diez minutos de paseo por el Eixample y llega a las oficinas de TWF. Saluda amable al conserje y sube en el ascensor hasta el ático, mientras revisa su aspecto en el espejo. Es la primera en llegar; son apenas las ocho y diez, y reina el silencio. Sin embargo, de repente, justo antes de girar hacia su despacho, oye voces en la zona de dirección. Deja el bolso sobre la cajonera de su escritorio, cuelga la americana en el perchero y coloca el portátil encima de la mesa. Todo en orden.

Decide que puede con otro café y se acerca al *office*. Al pasar por el *hall* se topa con Marta, su secretaria y lo más parecido a una amiga íntima. Dos besos y un repaso rápido más tarde, se dirigen juntas a por la dosis de cafeína.

Marta no deja de hablar, aunque Sylvana nota que parece cansada y que le falta su chispa. Rubia natural, de aspecto nórdico a pesar de su origen extremeño, es, casi siempre, una polvorilla. Mientras ella busca en los armarios tazas y cápsulas, Sylvana abre la bonita caja verde pastel de Maison Laduree-París que hay sobre la encimera. ¡Sorpresa! Una selección de treinta *macarons* en delicados tonos pastel. ¡Qué lujazo! ¿Quién habrá tenido el detalle?, se pregunta Sylvana mientras Marta le cuenta, en atropellado discurso sobre la extraña convocatoria de socios y *mánagers* prevista para esa mañana. No tiene mucha información, pero...

—Querida, *off the record*, imagino que lo del socio tiene que

ver con esta cajita, y si esto es un indicio del tipo de personaje que es, creo que vamos a estar muy entretenidas —comenta Marta con su picardía habitual—. Las chicas me han dicho por wasap que la semana pasada hubo bastante movimiento. Redecoraron el antiguo despacho del señor Herrera, hubo solicitudes y altas de equipamiento... y estas cositas pueden hacernos sospechar...

—¿Crees que se incorpora un nuevo socio? ¿Desde París? Qué raro —elucubra Sylvana—. Ramón no nos comentó nada ni en la última junta ni cuando almorcé con él antes de las vacaciones. Debe de haber sido una sorpresa también para él.

—Pero, igualmente, qué más da... ¿y tú qué? ¿Qué tal en Grecia con tu Rafa, cabrona? ¿Habrá boda o no habrá boda...? Ayyy, qué ilusión, a ver si la próxima primavera nos vamos de boda. Tengo yo una intuición, llámame bruja, pero me da que el futuro nos reserva alguna que otra sorpresita, maja... —continúa, soñadora, Marta.

—Las vacaciones han sido estupendas, paradisiacas, para qué negarlo, y Rafa, un amor, pero... —cabecea Sylvana.

—Mira que eres petarda —la interrumpe Marta—, no sé qué más esperas de la vida. Un tipo atractivo, rico, deceeente y enamorado de ti hasta las trancas.

—Sí, guapa, pero es que me aburro bastante con él y los hijos... qué pereza. ¿Tú me ves a mí con tres adolescentes rubísimos a cuestras fines de semana alternos...? —Sylvana niega, cada vez más convencida. Rememora algunos momentos de la escapada a Mykonos y no puede engañarse. La imagen de Eric se interpone y su cuerpo le recuerda que el sexo con él no tiene punto de comparación. Sabe que es una relación imposible, más aún con él en NY, pero...— ¿Y tú? ¿A ti qué te pasa? Te veo un pelín mustia, querida. ¿Todo bien con Toni? —pregunta Sylvana—. Y tu cuñado, ¿ya está más recuperado?

—Mmm —responde Marta, evasiva—. Todo bien. Luego te cuento con más detalle. ¿Comemos juntas?

—En principio he quedado con Rafa, pero no me ha confirmado. En cuanto hable con él, te digo.

Oyen conversaciones en el pasillo y concluyen la puesta al día.

From: Elsa Thomas <elsathomas@gmail.com>

To: Max Drake <maxdrake00@gmail.com>

Subject:

Querido Max:

Hace días que no te escribo. Ayer lo calculé por curiosidad, han pasado 343 días desde que te dejé en Sídney, en la otra punta del mundo, 343 días sin verte. Otro día más, otro día menos. Hoy me he acordado del primer tatuaje que te hiciste, a partir de un dibujo tuyo. Un tiburón enrollado sobre sí mismo que recordaba un poco al uróboro que se hizo tu padre. El ciclo eterno, ¿no? Me acordé porque, por fin, he contratado a alguien para ayudarme en la tienda. Se llama Lili. Te gustaría. Era instructora de buceo en las Maldivas. Dios, no sé ni dónde queda eso exactamente... ¿Indonesia? ¿Sudeste asiático? Seguro que tú lo sabes. Es una mujer muy guapa, de mi edad, año arriba, año abajo, con la piel llenita de tatuajes. Llegó ayer a la ciudad, aunque es de aquí. Parece que su madre está en el hospital por una caída y tiene que ver qué pasa con ella. Creo que entró en la librería por casualidad, pero enseguida tuve el pálpito de que era *la* persona. Me dirás que soy tonta, fiándome de intuiciones y sextos sentidos para contratar personal, pero yo soy así y no voy a cambiar a estas alturas. Por lo demás, el verano continúa implacable, y de los vencejos, ya hace días que no hay ni rastro. Siempre que los

veo, pienso en la ilusión que te hizo aquella vez que anidaron en tu ventana. También pienso en ti cuando, después de comer, un vecino empieza a ensayar con el saxo. Con todo abierto, en estos interiores de manzana que amortiguan el ruido del exterior, solo se le oye a él y a las cigarras. Creo que toca *Take five*, pero tengo muy olvidado el *jazz*, ya sabes que en el día a día me limito a escuchar mis listas en Spotify de *folk rock* y sí, tienes razón, soy muy repetitiva con mi música y no me importa entrar en bucle.

Al margen de eso, la librería va cogiendo temperatura y creo que en unos años :) podré pagarme un sueldo y comprarme un somier. Me duele todo el cuerpo de dormir en el futón sobre el parqué, y levantarme desde tan abajo ya empieza a ser una hazaña a mi edad; sí, ríete, ríete... que te imagino carcajeándote al leer esto. Suerte de mi yoga diario, si no de qué iba a aguantar este trote. Confío en que la situación mejore y pueda pagar muchos meses la ayuda de Lili. Igualmente, ya hemos quedado que, de momento, trabajará hasta Navidad, y en enero valoramos. Ella también me confió que no sabe si va a quedarse mucho tiempo en Barcelona; dependerá de cómo evolucione su madre.

Pues poco más, cariño. Se me cierran los ojos. Mañana vuelvo a escribirte. Te quiero mucho.

Disfruta de tu día que ahora empieza en la otra punta del mundo.